



## Bajo la mirada de María, saldremos “a contemplar de nuevo las estrellas”

por fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.

“Y entonces salimos a contemplar de nuevo las estrellas”. Me ha venido a la cabeza este verso, el último del “Infierno” de la Divina Comedia de Dante, cuando me ha sido comunicado el resultado del último test, el cuarto, a los que me he sometido junto a mis hermanos. No era sólo “salir” físicamente, un volver a ver espacios más amplios respecto a aquellos cerrados de las cuatro paredes de mi habitación, que se proyectaba a mi horizonte y que después, en breve tiempo, he realizado. Era, en sentido metafórico, exactamente un salir del infierno de la enfermedad; de una enfermedad oculta, mala, despiadada, que se ensaña sobre todo con los más débiles, exactamente como hacen los tétricos habitantes del mundo de las tinieblas. Cierto, en aquellos largos treinta días de “cautiverio”, paradójicamente hemos podido saborear una inédita libertad. La libertad de los compromisos y de las actividades, que se ha transformado en una oportunidad favorable para vivir un tiempo de “desierto”. Tiempo para mirarse dentro, sin “ruidos” o “distracciones” que puedan interferir en el proceso del análisis y del discernimiento sobre la propia existencia y sobre las modalidades de respuesta a la llamada del Señor. Tiempo de oración más intensa, para afrontar el personal y continuo camino de conversión, y también para sostener el peso psicológico de una similar condición. Pero, contemporáneamente, el mes de aislamiento nos ha encadenado, más que a un lugar, a un estado de desola-

ción. Cada uno de nosotros ha estado preocupado por aquel que manifestaba síntomas más serios, ha tenido miedo de poder contagiarse, o ver empeorarse, a alguno de los hermanos más ancianos, ha seguido con profunda tristeza el empeoramiento de las condiciones de fray Osvaldo y ha tenido que aceptar con amargura el hecho que este querido hermano haya volado al Cielo, sin el consuelo de una mirada amiga, sin la presencia de una persona querida a su lado. Nos hemos angustiado en los días en los cuales fray Aldo respiraba solo gracias a las máquinas de la terapia intensiva Covid de la *Casa Alivio del Sufrimiento*. Estábamos preocupados, incluso de aquellos que estaban bien y que cada vez que se hacían la prueba, resultaba negativa. Temíamos que el servicio que ellos hacían para asegurarnos la comida y los cuidados fuese para ellos causa de contagio; que el peso de tantos compromisos, para soportarnos a nosotros enfermos, y también la actividad, aunque reducida, del Santuario, no se pudiera sostener por mucho tiempo. Pero, sobre todo, nos hemos sentido todos limitados en el dar, a los fieles locales y a los raros peregrinos de la temporada invernal, la completa disponibilidad que nuestro ministerio exige, aunque hayamos, en este período de prueba, vuelto a descubrir el papel fundamental de la emisora televisiva y de los *social media* como instrumentos poderosos para mantener vivo un contacto constante con el pueblo de Dios y, en particular, con los devotos de San Pío de Pietrelcina, que no nos han dejado de de-

mostrar sus afectos, solidaridad y gratitud. Todavía más en circunstancias como la que hemos vivido ha resultado eficaz utilizar estos medios para ofrecer temas de espiritualidad, a través de las celebraciones y de tantos programas transmitidos por *Padre Pio Tv*, o los numerosos artículos publicados en las páginas web y en la revista mensual de *Voce di Padre Pio*.

Al finalizar estos treinta días de espera, vivida con espíritu de resignación a la voluntad de Dios, pero teniendo siempre viva la llama de la esperanza, que se alimenta con el oxígeno de la fe, el Señor nos ha permitido volver a servirlo en plenitud el 8 de diciembre, en el día en el cual la Iglesia dirige su mirada a la pureza de Su Madre, la Virgen María. Bajo la misma mirada ha iniciado este nuevo año. Solo mirándola podremos conocer nuestro futuro – un futuro de salvados – porque Ella es ya lo que nosotros seremos. Reflejando nuestra vida en la Suya, entrando en el tiempo que nos espera, para transformarlo en ocasión propicia para despertar nuestro amor, por Dios y por el prójimo que, a menudo, ahogamos bajo el manto de un hedonismo que invade el egoísmo más desenfundado. Confiamos a Ella todas nuestras buenas intenciones, para que las coloque a los pies del Hijo omnipotente, para que también la entera humanidad pueda, pronto, salir “a contemplar las estrellas”.

© derechos reservados